



## Cuatro mujeres descubren vidas de alegría en la antigua vocación de la Iglesia

Historia por Sheila Goeldel McGrath | Fotografía por Jaymie Perry

Pocos católicos se dan cuenta de que hoy en día hay mujeres que viven como vírgenes consagradas, desposadas místicamente con Cristo, la forma más antigua de consagración en la Iglesia católica.

En 1970, el Papa Pablo VI promulgó un ritual revisado para esta consagración, que restableció la vocación como una opción para las mujeres solteras que desean dedicarse al Señor de una manera diferente a ser una hermana religiosa o monja.

Por esta antigua vocación, la virgen, después de renovar su promesa de virginidad perpetua, se aparta como persona sagrada que pertenece sólo a Cristo. Ella es una imagen viva del amor incondicional de la Iglesia por Jesús, mientras que comparte íntimamente su misión redentora como signo visible de la esposa inmaculada de Cristo y de las promesas del cielo.

La virgen es consagrada en rito solemne por el obispo de su diócesis. Después de su consagración, se dedica a una vida de oración, penitencia y servicio. Puede trabajar para la Iglesia o en un empleo secular de su elección.

Durante el rito, la virgen recibe un anillo de bodas, que se lleva públicamente como símbolo de su vocación. También es una opción para ella procesionar con una lámpara o vela, que expresa su disposición a servir al Señor.

Una de las vírgenes consagradas de nuestra diócesis, Elizabeth Black, dice que las vírgenes mártires del Imperio Romano, entre ellas Santa Lucía y Santa Inés, son ejemplos tempranos de vírgenes consagradas que vivieron en el mundo como esposas de Cristo.

Un artículo de 2018 que Elizabeth escribió para el Adoremus Bulletin hace referencia a la vocación y su historia: “Como las vírgenes consagradas de hoy”, escribió, “St. Lucía y Santa Inés no hicieron votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia, ni vivieron en comunidad ni se vistieron en hábitos. Sus vidas estuvieron marcadas por el amor a Cristo, el esposo, y el servicio a su Iglesia, pero vivieron una vida externamente “normal”.

Hoy en día hay unas 5,000 vírgenes consagradas en todo el mundo, según la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Elizabeth y otras tres mujeres: Marge Giesken, Rebeca Sastre y Amy Shank residen en la Diócesis de Grand Rapids.

Cada una de las mujeres luchó durante años para comprender el llamado vocacional que sentían. Pero cuando descubrieron la vocación de la virginidad consagrada, de repente, el camino se volvió claro. Lo que sigue son historias de sus respuestas a este llamado vocacional de Dios y las vidas de alegría que han encontrado a través de su vocación.

## 'Es un vivir ahora el gozo del cielo'

Elizabeth Black

Parroquia: San Esteban, Grand Rapids

Edad: 38

Profesión: Educadora

Gran Inspiraciones: Santa Lucía, Santa Inés

Consagración: 8 de agosto de 2021, por el obispo David Walkowiak en la Catedral de San Andrés, Grand Rapids

Antes de saber que una mujer podía convertirse en virgen consagrada viviendo en el mundo, Elizabeth recuerda que se sentía arrastrada en distintas direcciones mientras intentaba comprender qué vocación debía seguir.

En la universidad y después, consideraba la vida religiosa como monja. Más tarde, pensó que quizá el matrimonio sería el camino que elegiría. Pero después de explorar ambas opciones, se dio cuenta de que ninguna era la correcta para ella.

"En ese momento me frustré con el Señor", dice Elizabeth. "Le dije con bastante descaro: 'No quiero nada de esto, así que vas a tener que hacer que yo quiera lo que tengas pensado para mí. No puedo seguir jugando a las adivinanzas'".

Poco después, leyó la *Introducción a la vida devota* de San Francisco de Sales y se dio cuenta de que ya tenía todo lo necesario para ser santa: no necesitaba hacerse monja ni casarse primero. Así que se lanzó a su trabajo como maestra y se dedicó a sus alumnos.

Vivió tranquilamente durante varios años una vida llena de oración, misa diaria y confesión regular. Pero oyó muy claramente en la oración que el Señor la llamaba a tener una relación exclusiva con Él. Al mismo tiempo, tuvo claro que Él no la llamaba a la vida religiosa como monja.

Fue una época desconcertante; sentir el deseo de algo que no creía que existiera la confundía. "Mi único concepto de lo que es pertenecer a Jesús es la vida religiosa", dice Elizabeth.

Después de hablarlo con su director espiritual, le dijo que la vocación a la que se sentía llamada existía: la virginidad consagrada.

"En cuanto lo dijo, supe que era mi vocación".

En aquel entonces vivía en el norte de Virginia y allí comenzó los preparativos para su consagración. Pero el rito nunca se había celebrado en esa diócesis y, después de siete años de formación vocacional, el nuevo obispo le comunicó que no quería empezar a celebrarlo en ese momento.

Sintiéndose aún llamada a la vocación, Elizabeth se puso en contacto con el obispo Walkowiak para ver si podía seguir su vocación en Grand Rapids. Habiendo recibido la aprobación, Elizabeth regresó a su ciudad natal de Ada, y recibió la consagración en la Catedral de San Andrés y asumió el cargo de directora de la escuela de San Esteban.

Elizabeth describe su vocación como la llamada universal a vivir en estrecha unión con Cristo tanto en la tierra como en el cielo.

“Es vivir ahora el gozo del cielo”, dice.

La parte más incomprendida, dice, es la de la virginidad.

"La virginidad es un concepto tan extraño en nuestro mundo actual", afirma. "La razón por la que me gusta destacarlo es que estamos llamados a la santidad; toda nuestra persona está llamada a la santidad. No sólo una parte. No sólo nuestra alma o nuestra mente, sino toda nuestra persona, y eso incluye nuestro cuerpo".

"La razón por la que se exige la virginidad es que habla de la integridad de [una] persona. Toda nuestra persona pertenece exclusivamente a Dios, igual que la Iglesia pertenece exclusivamente a Dios. Yo sólo he entregado mi corazón a Jesús. Es totalmente suyo; nunca se lo he dado a otro. Por eso soy capaz de reflejar a la Iglesia. La Iglesia entrega su corazón totalmente a Dios".

Elizabeth dice que vivimos en una época en la que la gente cree que su cuerpo es suyo y que puede determinar su significado porque, en última instancia, no tiene ningún significado.

"Reflexiono sobre lo hermoso que es que la Iglesia haya vuelto a llamar a esta vocación en una época en la que el cuerpo está tan devaluado", dice Elizabeth.

## **‘La llamada nunca me dejó’**

Marge Giesken

Parroquia: Catedral de San Andrés, Grand Rapids

Edad: 77

Ocupación: Maestra jubilada

Gran Inspiraciones: Santa María Faustina Kowalska, San Ignacio de Loyola

Consagración: 7 de octubre de 2018, por el obispo David Walkowiak en la iglesia de San Pablo Apóstol, Grand Rapids

Al celebrar su quinto aniversario como virgen consagrada, Marge tiene una explicación sencilla de lo que la llevó a la vocación.

"Lo que me atrajo a esto es simplemente Dios. Es la forma más fácil de decirlo", dice Marge.

Pero el camino hacia su vocación no fue sencillo, fue lleno de vueltas y giros antes de su consagración a los 72 años.

Cuando tenía 6 ó 7 años y se preparaba para su primera comunión, Marge recuerda que pensaba que quería ser como la Virgen María.

"Recuerdo el día; recuerdo el escritorio en el que estaba sentada", dice Marge. "Tengo 77 años y apenas recuerdo lo que hice ayer, pero esa llamada está tan clara en mi cabeza".

A los 24 años, Marge se hizo hermana dominica y permaneció en esa vocación durante 17 años. Pero con el tiempo, quedó claro que no era el lugar adecuado para ella, y acabó dejando la vida religiosa.

"En los años que transcurrieron desde que dejé a los dominicos hasta mi consagración, hubo mucha confusión: no sabía a dónde iba ni qué iba a hacer"

Se reunía con un director espiritual, que le aseguraba que tenía una vocación, aunque no fuera la de ser hermana religiosa. Después de que él le hablo de la virginidad consagrada, empezó a intentar aprender todo lo que podía sobre el tema.

"El internet no era muy popular en aquel entonces, pero de alguna manera lo descubrí. Pensé: 'No puedo hacerlo, no soy lo suficiente santa'. Así que lo dejé pasar. Pero la llamada nunca me dejó, nunca. Estaba en el fondo de mi mente con todo lo que hacía. Cada vez era más fuerte".

Marge se hizo maestra de Montessori y enseñó durante muchos años. Salía con chicos y en más de una ocasión sintió que el matrimonio era una posibilidad. Sin embargo, cada vez, la relación terminaba.

Poco a poco, se fue acercando a reconocer la llamada. Ella tenía más de 60 años cuando empezó a prepararse oficialmente para su consagración.

Durante el rito, "sentí que el Espíritu Santo entraba en mí, como una luz cálida en mi corazón. Me cambió la vida", dice. "Cuando el obispo me puso el anillo en el dedo... no podía creer que alguna vez sentiría la alegría que sentí en ese momento".

Marge ahora dedica su tiempo como voluntaria en su parroquia, la Catedral de San Andrés, donde es catequista de cuarto grado y ministra extraordinaria de la Sagrada Comunión. También se encarga de la decoración de la iglesia y ayuda de muchas otras formas.

Para ella es importante evangelizar. Le gusta hablar con la gente sobre el Espíritu Santo y dice que siente que el Espíritu Santo le da palabras.

“Muchas veces no son palabras que uso normalmente. Sé que proviene de una fuente de enorme bondad”, dice Marge.

Convertirse en virgen consagrada ha profundizado su fe, su vida de oración y su capacidad de escuchar a Dios, Jesús y el Espíritu Santo. Lo más profundo, dice, es que se da cuenta de que le hablan de diferentes maneras, en diferentes momentos y en diferentes situaciones.

“La mayor bendición para mí es la capacidad de escuchar. Escuchar lo que se habla a mi corazón, y no sólo escuchar, sino actuar”.

## Llamada a ser una esposa de Cristo

Rebeca Sastre

Parroquia: San Isidro, Grand Rapids

Edad: 33

Ocupación: Misionera en la Asociación Betania

Gran Inspiraciones: María, madre de Jesús, Santa Catalina de Siena

Consagración: 16 de abril de 2023, por el obispo David Walkowiak en la Catedral de San Andrés, Grand Rapids

De niña, Rebeca recuerda que se sentía muy atraída por la idea de vivir su vida para el Señor.

Pero la única forma que conocía de vivir esa vocación era hacerse monja, pero no era lo que ella imaginaba. No quería vivir apartada del resto de la población ni vestirse de forma diferente.

Tenía veintitantos años cuando oyó hablar por primera vez de vírgenes consagradas que vivían en el mundo.

"Simplemente encajó. Tenía todo el sentido del mundo", dice. "Sería una forma de vivir ese deseo de entregar al Señor mi virginidad. Él me estaba llamando a ser su esposa, a tener una relación conyugal con él. También me permitiría responder a la llamada a estar en el mundo, que yo también sentía."

"Como vírgenes consagradas, no se nos reconoce por nuestras obras, nuestra vestimenta o el lugar donde vivimos", dice Rebeca. "Se nos distingue por nuestra relación con Jesús, que es central en esta forma de vida. Él nos ha llamado a ser suyas. Quiere que le elijamos por encima de todo, y se deleita en nuestra respuesta personal a su radical invitación."

Rebeca es la virgen consagrada más reciente de la diócesis de Grand Rapids, ya que fue consagrada el pasado mes de abril.

"Cuando estás enamorado, quieres estar unido a esa persona. Quieres ser inseparable de ellos, y hacer un compromiso que es difícil de dar - un verdadero sacrificio. Tenía muchas ganas de que llegara ese momento, de que se hiciera permanente", dice Rebeca.

También estaba emocionada por el testimonio que la consagración daría a su familia y amigos, e incluso a personas que no conocía en la misa. "Eso era especial para mí: glorificar al Señor y compartir su amor con otras personas".

Vive su vocación de un par de maneras.

"Como esposa de Cristo, soy un reflejo de la Iglesia. Así que me esfuerzo por honrar a nuestros líderes, especialmente a nuestros sacerdotes y obispo, como ejemplo para la comunidad en general. Lo hago escuchando atentamente sus homilias, rezando a diario por ellos por nombre y animándolos."

Rebeca también cree que ella y otras vírgenes consagradas tienen una llamada especial a interceder por la Iglesia.

"Cada una de nosotras está llamada por Jesús a dejar todo lo demás y seguirlo", explica Rebeca. "Rezo por todos los miembros de la Iglesia para que respondan generosamente a la llamada de Jesús. Lo hago rezando partes de la Liturgia de las Horas -las intercesiones son sencillamente hermosas y se centran en la Iglesia como cuerpo- y con una ferviente oración personal por mis feligreses y los ministerios de nuestra diócesis".

Rebeca dice que está agradecida de que sus padres estuvieran abiertos a su elección de vocación, pero sabe que no todas las vírgenes consagradas tienen esa experiencia.

Insta a los padres a que apoyen la elección de su hija de convertirse en virgen consagrada.

"Si es así como Dios llama a su hija, confíen en que el Señor le dará alegría y bendiciones y que será fructífera en el mundo, aunque no se parezca a su propia llamada al matrimonio".



## **Totalmente comprometida con Cristo**

Amy Shank

Parroquia: San Felipe Neri, Reed City

Edad: 60

Ocupación: Bibliotecaria

Mayor Inspiración: María, madre de Jesús

Consagración: 10 de agosto de 2003, por el obispo Kevin Britt en la Catedral de San Andrés, Grand Rapids

Cuando se le pide a Amy que explique su vocación como virgen consagrada que vive en el mundo, empieza con algo con lo que la gente ya está familiarizada.

"Es como ser monja. Pero diferente", dice. "Formamos parte de ese grupo de personas llamadas a la vida consagrada".

A lo largo de su vida, Amy dice que ha estado totalmente comprometida con Cristo.

Pero tardó años en descubrir qué forma tomaría ese compromiso. Como la primera mujer en convertirse en virgen consagrada en la diócesis de Grand Rapids, no había ningún modelo a seguir.

A pesar del tiempo que tardó en encontrar su vocación, cree que si el Señor llama a una mujer a ser virgen consagrada, ella encontrará su camino.

"Con el tiempo, encontrarás esta vocación si es lo que estás llamada a hacer".

Amy dice que nunca sintió que casarse fuera algo que quería. Estudió varias órdenes religiosas cuando era joven, e incluso viajó a Texas, con la plena convicción de que iba a ingresar en una orden religiosa de allí, pero, por diferentes razones, no funcionó.

Era bibliotecaria escolar en Reed City, y en 1994, a los 31 años, ingresó a la Orden Seglar de las Carmelitas Descalzas. Fue a través de un boletín carmelita que oyó hablar por primera vez de una mujer que se convirtió en virgen consagrada.

El artículo le dio una idea de lo que era la vocación, pero en aquel entonces era difícil encontrar información, incluso en Internet. Finalmente encontró el camino hacia la Asociación de Vírgenes Consagradas de Estados Unidos y envió un correo electrónico a la presidenta de la asociación para saber más.

"Lo que leí me llegó al corazón. Me dije a mí misma: 'Esta eres tú, Amy'".

Durante sus años como virgen consagrada, dice que ha participado en la Iglesia de muchas maneras. Reza la Liturgia de las Horas, ha sido ministra extraordinaria de la Sagrada Comunión, lectora, ministra de hospitalidad, ha cantado en coros y ha desempeñado funciones de liderazgo con las Carmelitas Descalzas.

"Puedes hacer de todo", dice. "No hay un trabajo esperado. No se trata de lo que haces, sino de ser".

Dice que su vocación la libera para cuidar de los demás de una forma que no podría hacer si estuviera casada.

"Puedes ir a donde quieras sin tener que preocuparte de otras cosas. Si encuentras a alguien necesitado, puedes ir y cuidarlos", dice. "Las bendiciones van en ambos sentidos, para la otra persona y para mí".

En cierto modo, dice, la virginidad consagrada es una vocación oculta. Y, sin embargo, siente que en los últimos 20 años muchas personas le han hablado como si conocieran su vocación, cuando no tenían forma de saberlo.

"No creo que sea algo identificable. Es más, una cosa de corazón a corazón", dice Amy.

"Se trata más bien de que Jesús, nuestro esposo, nos mantenga ocultos a plena vista, en el mundo, y ministre a su pueblo, de maneras invisibles o desconocidas, justo donde estamos".